

CUIDEMOS LA BIBLIODIVERSIDAD

Nuevos usuarios y nuevas tecnologías
en las bibliotecas públicas

Alberto Jiménez González
Bibliotecario

De un tiempo a esta parte las bibliotecas se han convertido en un lugar donde convergen personas con necesidades y gustos muy diferentes, desde música y películas hasta un puesto para consultar internet pasando por un sitio para estudiar o un libro para entretenerse. Ya no son espacios silenciosos sino ambientes en los que los usuarios informatizados van desplazando al usuario tradicional. Se puede hablar entonces de bibliodiversidad, de hábitat bibliotecario que tiende hacia la integración de espacios con el fin de convertirse en biblioteca de vanguardia. Pero, ¿están las nuevas tecnologías poniendo en peligro esa bibliodiversidad?

Si un usuario se acerca al mostrador de una biblioteca, pregunta dónde puede conectar su ordenador portátil a la red wifi, y el bibliotecario le responde que la biblioteca no cuenta con conexión inalámbrica a internet, es muy posible que a continuación ese usuario pregunte al bibliotecario dónde está el catálogo de fichas para buscar un libro. Wifi y biblioteca se han vuelto casi sinónimos, una pareja indispensable e indiscutida, la protagonista del buzón de sugerencias si la biblioteca aún no cuenta con conexión. Nadie diría que semejante binomio puede encerrar algún problema, pero hay uno que va aumentando con el tiempo y parece estar pasando desapercibido para la mayor parte de la comunidad bibliotecaria: la disminución de la biodiversidad. En estos tiempos de legítimas preocupaciones ecologistas, donde cada cierto tiempo nos enteramos que desaparecen tantas especies al año, me propongo llevar a cabo un planteamiento casi biológico con los cambios que se vienen sucediendo en, si me permiten la expresión, el *hábitat bibliotecario*.

En el portal institucional por antonomasia dedicado a las bibliotecas públicas hay un documento que lleva por título “La biblioteca pública: un centro para la sociedad de la información” fechado en el año 2000 –¡ojo!, hace más de diez años–, donde se daba una explicación integradora y algo profética de lo que era y no era una biblioteca.

Cuando leí aquello, me llamó la atención esta lapidaria frase: “Qué no es la biblioteca pública: una sala de estudio”. Tras leerlo, un remordimiento redivivo de origen remoto se instaló en mi cabeza y, alma cándida, me pregunté si habría infringido alguna norma, pues desde mi más tierna infancia había estado haciendo los deberes en la biblioteca, primero en la de mi pueblo y luego en la de la universidad. ¿Por qué nadie me dijo nada? Luego descubrí que lo que se quería decir con esa sentencia tan poco meditada era que la biblioteca era un lugar al que se iba a algo más que a hacer los deberes, que era un punto de encuentro y de actividades culturales de todo tipo y color, “un lugar de comunicación e intercambio”. Claro, pensé a continuación, el acto de hacer los deberes y del estudio individual y solitario no encaja en esa frenética actividad cultural, lúdica y colectiva. Si encima se estudia con los propios apuntes, buscando nada más que una parcela de calma donde poder estudiar, la biblioteca pierde todo el sentido de su misión y se convierte solo en un espacio, sin más.

Me acuerdo, sin embargo, que rara era la vez que, haciendo los deberes o estudiando, no cogíamos alguno de mis compañeros o yo mismo un volumen de una enciclopedia, o un diccionario, o un libro que alguno había descubierto por azar en uno de los silenciosos paseos entre los anaqueles para des-



cansar un poco, y ese título que le había llamado la atención lo cogía en préstamo, a ver si era verdad que lo que ponía en la contracubierta se correspondía con el interior.

No es tema de este artículo divagar sobre las necesidades informativas de los usuarios ni los cambios que internet ha generado en la manera de satisfacerlas, sino llamar la atención sobre un hecho aún latente, pero que va despertando poco a poco del letargo: las bibliotecas se van colmando de usuarios que portando sus ordenadores portátiles, ocupan un sitio, sin más, y se ponen a su tarea. Estos usuarios tecnologizados ya no precisan siquiera de enciclopedias o diccionarios y en los descansos ni cambian de postura, simplemente cambian de página web. A lo mejor por eso, pienso en ocasiones, como se dice que internet es el tótem de la sociedad de la información, que aún no he visto en ninguna parte una definición de biblioteca en la que se diga “la biblioteca no es lugar para ir solo con el ordenador portátil”. Entenderán los que saben que el usuario ya no está encerrado en sí mismo, sino formando parte de la promoción de la cultura y de las

Me acuerdo, sin embargo, que rara era la vez que, haciendo los deberes o estudiando, no cogíamos alguno de mis compañeros o yo mismo un volumen de una enciclopedia, o un diccionario, o un libro.



nuevas tecnologías, y que en Facebook o en el correo electrónico o en Youtube no comentan con los colegas la tarde anterior, ni se envían mensajes para quedar el fin de semana, ni ven el último vídeo de cara desencajada y música ridícula; quizás en Facebook comenten pormenores sobre la clase de la mañana, en el correo se adjunten artículos que sirvan para completar los apuntes y en Youtube se vean visitas guiadas por variopintos museos. Puede ser, no lo discuto.

Pero aquí es donde entra en juego la bibliodiversidad de la que les hablaba antes, y es que como el cangrejo americano fue desplazando al cangrejo de río de nuestras paellas, el mayor arraigo de estos usuarios informatizados va desplazando progresivamente al usuario tradicional. Sin caer en generalizaciones, estos nuevos ocupantes que pueblan las bibliotecas atraídos por la llamada de internet gratuito e íntimo, en equipo propio, sin tener que ocupar puestos fijos y limitados en el tiempo, con su teclear sonoro e irreverente, su comentar o sonreír con la nueva ocurrencia vertida al ciberespacio, perturban al que pretende leer o estudiar, que se

ve desplazado del sitio que van poblando los nuevos ocupantes con el repiqueteo desmedido que invade el espacio bibliotecario. A veces uno de estos usuarios te comenta inocentemente que se marcha porque no puede concentrarse, y te insinúa que si podríamos hacer algo con el ruidoso teclear. Me quedo pensando: si le digo a alguno de los que golpean teclados con vigorosos dedos que si lo puede hacer más despacio porque estamos en una biblioteca, a lo mejor la primera vez no pasa nada, pero si lo hago más de una vez, seguro que tarde o temprano el buzón de sugerencias se llenará de quejas aduciendo que en esta biblioteca se coarta el progreso y la libertad tecnológica, incluso es probable que algún responsable te recrimine el estar minando los cimientos de la nueva función de la biblioteca pública.

Y es que el hábitat bibliotecario, que no es inmune a los tiempos globalizadores, tiende hacia la integración de espacios. Ya no se lleva eso de la sala de lectura, la sala con ordenadores, la hemeroteca y la mediateca parceladas, cada una con sus normas y su idiosincrasia particulares; ahora el que prepara un examen o lee un libro tiene al lado al tecleador compulsivo, a dos jóvenes que comentan y buscan el disco de moda, al señor que le dice a su señora que si le parece bien esta película para el fin de semana, y una rotonda donde convergen todos ellos para realizar sus préstamos, en un ambiente festivo muy propicio para las relaciones vecinales, pero no tanto para el que trata de aprender algo con el libro que tiene entre las manos. Es verdad que se han creado en las nuevas bibliotecas salas de estudio, pero son una especie de salas autogestionadas por los propios usuarios, y aquello se convierte las más de las veces en vorágine adolescente, donde sería retrógrado mandar callar, y no digamos expulsar de la sala a algún usuario algo alocado, como sucedía hace no mucho tiempo, pues el bibliotecario se expone a apercibimientos o denuncias, apelando algún derecho vulnerado. Si ustedes cogen una biblioteca de hace veinte años, el Fnac y un cibercafé y los mezclan, les sale una nueva biblioteca de vanguardia. Eso sí, con muchos usuarios. Pero no me entiendan mal, todo usuario y fondo es bienvenido en una biblioteca, solo que quizás estaría mejor cada cosa en su lugar. ▴